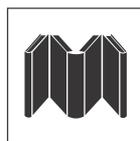


RICARDO ALÍA

EL PEÓN ENVENENADO



MAEVA

«El ajedrez es la vida.»

BOBBY FISCHER

«En la pintura mural en la que estoy trabajando, y que titularé *Guernica*, expreso claramente mi repulsión hacia la casta militar, que ha sumido a España en un océano de dolor y muerte.»

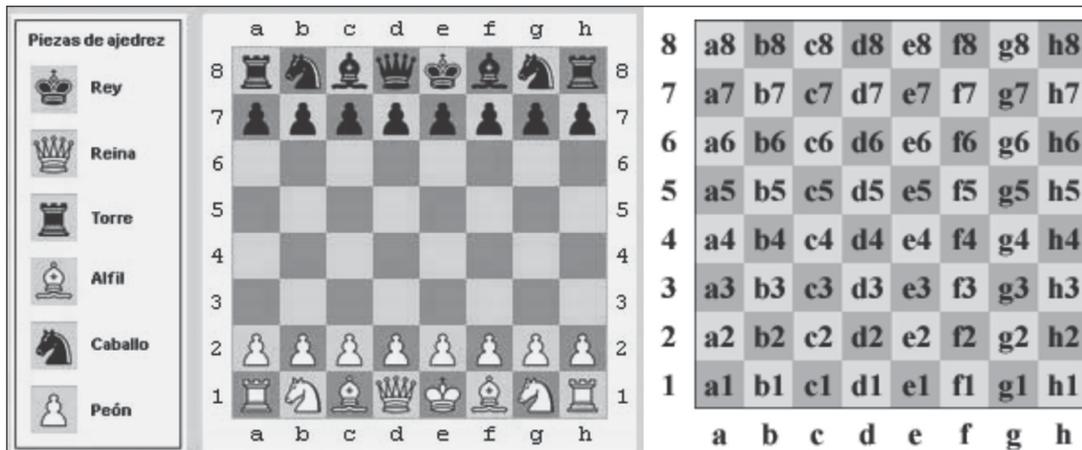
PABLO PICASSO

«Desde hace bastante tiempo soy investigador privado con licencia. Soy un lobo solitario, soltero, llegando a la mediana edad y no soy rico. He estado más de una vez en la cárcel y no me dedico a casos de divorcio. Me gustan la bebida, las mujeres y el ajedrez, y algunas otras cosas más.»

El largo adiós

RAYMOND CHANDLER

Nota aclaratoria



Como no podía ser de otro modo, en las siguientes páginas el lector se va a encontrar con una novela, no con un libro de ajedrez. Es cierto que hay una partida que funciona como elemento conductor de la trama, y para facilitar su seguimiento he incluido diagramas con la posición en curso. Sin embargo, no es imprescindible saber jugar al ajedrez, ni siquiera conocer las reglas, para leer y disfrutar de la novela. Estamos hablando de literatura, de palabras y sentimientos, no de piezas y jugadas.

Me he tomado ciertas libertades con la historia de los campeones mundiales de ajedrez y con la de los niños de la guerra, todo por el buen discurrir de la trama.

El reloj ya está en marcha; la partida, empezada. Al otro lado del tablero, un asesino espera rival.

Apertura

Londres, principios de diciembre de 2002

Cuando sonó el timbre, una gota de clorato de sosa pendía de una pipeta, obcecada en no caer sobre un matraz de Erlenmeyer. Durante un instante permaneció inmóvil, sin saber cómo reaccionar. Se despojó de la bata blanca, las gafas protectoras y los guantes de látex, y caminó a hurtadillas hasta la puerta de entrada. Al otro lado de la mirilla surgió el rostro circunspecto del casero. Retrocedió por el pasillo, se adentró en el dormitorio y se puso un jersey holgado de lana. El timbre volvió a sonar, y creyó oír ruido de llaves.

—¡Ya voy! —gritó, intentando ganarle unos preciosos segundos al reloj.

Entró en el baño. Se puso la peluca negra. Tiró de la cadena y salió haciendo el mayor estrépito posible.

—Perdone, estaba en el baño —dijo a la vez que abría la puerta.

—Buenos días. ¿Cómo va todo? —preguntó el casero.

Era un hombre mayor, de aspecto entrañable, con un ojo de cristal y una vocecilla que jamás le habría permitido ganarse la vida como tenor. Respondía al nombre de Eric y vivía justo en el piso de abajo.

Lo invitó a pasar.

Se encaminaron por el pasillo desnudo al amplio salón y se arrellanaron en los sillones, frente a frente, como reyes de tierras baldías.

—Espero que te sientas cómodo, tanto en el piso como en la ciudad —dijo Eric, observando con curiosidad la ausencia de

mobiliario y la abundancia de plantas que ocupaba la repisa alargada ubicada bajo los cuatro ventanales del salón.

—No puedo quejarme.

—Asumo la escasez de muebles, pero ya lo decía bien claro el anuncio. Piso sin amueblar. Cuando murió mi madre, hicimos limpieza y tiramos muchos muebles viejos y carcomidos. Antigüedades, dirían algunos; basura, digo yo. Pero ya sabes que si necesitas algo no tienes más que pedírmelo.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero de momento me basta con lo que hay.

Se preguntó si había apagado el fuego del embudo de Büchner. Se dijo que en unos minutos tendría la respuesta.

—Cuando era joven, un poco más que tú, estuve viviendo una temporada en Saint Andrews, al norte de Escocia. Sé lo que es vivir solo en una ciudad desconocida y lo mucho que se agradece tener ayuda.

Asintió y a continuación le ofreció, como buen anfitrión, una taza de café que Eric aceptó de buena gana.

—Por cierto, deberías cambiar de ambientador —dijo—. Este huele a cloro de piscina.

El inquilino, ocultando su malestar y mordiéndose los labios, no tuvo más remedio que dirigirse a la cocina a preparar el forzado café. Detestaba al casero; en el vecindario corrían rumores de que era gay y de que se ganaba los favores sexuales de ciertos muchachos a cambio de un alquiler barato.

Colocó el café de la mañana sobre el fogón y después se acercó de puntillas a la habitación de invitados. No olía a quemado. Todo en orden. No saldrían volando por los aires.

—¿Te gusta la vista? —vociferó Eric, esperando que se le oyese desde la cocina.

El inquilino salió del pequeño laboratorio clandestino y regresó a la cocina. Una vez dentro respondió:

—Sí, es bonita. —Retiró la cafetera del fogón—. ¿Uno o dos terrones?

Repartió el café en dos tazas, una negra y otra blanca.

–Dos. ¡Dos! –repitió Eric para asegurarse de que lo había oído—. Al menos es animada. Con los coches, los transeúntes, el mercado...

El eventual camarero echó un par de azucarillos en cada café y los agitó con una cucharita plateada. Luego arrojó la cucharita al fregadero y asió las tazas.

–El otro día, creo que fue el miércoles, vi entrar a una desconocida en el portal –dijo Eric en voz alta—. ¿Era tu novia?

–¿Una desconocida? –exclamó, fingiendo sorpresa. Volvió a depositar las tazas sobre el hule.

Asomó la cabeza por la puerta y vislumbró en el salón la espalda de Eric, que aún contemplaba la vista desde los ventanales ojivales.

–Sí –afirmó Eric sin darse la vuelta—. No la había visto antes. Muy guapa.

El inquilino, con toda tranquilidad, cogió un botecito de cristal de la estantería de las especias en cuya etiqueta borrosa apenas se leía: «Aconite U. S. P.».

–No tengo ni la menor idea –respondió mientras vertía unas pocas gotas del contenido en la taza negra—. Iría a otro piso –aventuró.

Con una taza en cada mano, regresó a la sala de estar.

–Qué extraño –le oyó decir a Eric, sin saber muy bien si se refería a la desconocida o a la exótica planta que tenía frente a él. Estaba acucillado, examinando la planta de cerca. Alargó la mano hacia ella.

–No toque esa planta –le advirtió al tiempo que le mostraba las dos tazas—. ¿Negra o blanca?

–Negra.

El inquilino esbozó una leve sonrisa.

–Esa de ahí es una *Atropa belladonna* –dijo, señalando con la taza blanca la planta de flores violetas y bayas negras—. Contiene atropina, un veneno muy potente causante de numerosas intoxicaciones.

–¡Caramba! –exclamó Eric, dándole un pequeño sorbo a su café.

—Se usaba en el antiguo Egipto como narcótico, y más tarde los sirios se valieron de ella para alejar los pensamientos tristes. Las damas del siglo XVI empleaban el zumo de sus frutos para dar brillo a sus ojos. En la actualidad, esta planta se utiliza en oftalmología.

—Ajá... Supongo que esa planta de semillas rojas que trepa es una liana. ¿Es inofensiva... o también muerde?

—*Abrus precatorius*. Alcanza los cinco metros de longitud. En la Antigüedad se empleaba como abortivo y para eliminar parásitos intestinales. La ingestión de una sola semilla puede matar a un niño.

—¡Impresionante!

—He de reconocer que no es una planta autóctona. Es originaria de las montañas de Indochina. El clima de Londres no es el más apropiado para su salud. Requiere toda mi atención.

—¿Y cuál es la clave de su cuidado? —preguntó Eric mientras rozaba con los dedos uno de los muchos rociadores que había entre las plantas—. Apuesto a que no es solo agua.

—Secreto profesional.

—Eres todo un hombre de mundo. El otro día se lo comentaba a la portera: «Querida, el nuevo inquilino es un viajero avezado». La pobre no entendía que quería decir con «avezado». —Apuró el café al tiempo que hacía un gesto desdeñoso con la otra mano—. Enseguida se distingue a una persona culta, con esa mirada de conocer otras culturas. Ah..., esta planta creo que la conozco. ¿Cicuta?

—En efecto. *Conium maculatum*. Provoca la muerte por parálisis del sistema nervioso central, previo paso por náuseas, convulsiones y dolor abdominal. Toda una ricura. En la antigua Grecia se usaba como método de ejecución.

—¿No fue Sócrates quien murió al beber una copa de cicuta?

—Condenado por plantear una existencia etérea sin ningún dios...

—¿Y esta de aquí? —Señaló una planta de tallo alargado, hojas palmeadas y flores púrpuras.

–*Aconitum napellus*. Contiene aconitina, un veneno que paraliza el sistema nervioso. Actúa con suma rapidez. La raíz es muy tóxica, contiene casi un noventa por ciento más de toxinas que las hojas. Según la mitología griega, fue la esencia con la que Medea intentó matar a Teseo. Salvo ingestión de una dosis elevada, para la mayoría de las personas no es fatal, solo inflige dolor.

–Extraña afición –sentenció Eric moviendo la cabeza–. Todo un experto en plantas.

–Hay quien colecciona sellos, monedas, postales... Yo colecciono plantas venenosas. Siempre, desde niño, me interesé por la botánica.

–Un capricho caro, me imagino. Si te ahogas con el alquiler, siempre podemos hablar...

–Tranquilo, sé controlar mis gastos.

El propietario desvió la atención de las plantas a los libros que abarrotaban la estantería ubicada encima de la televisión. Descubrió varios volúmenes de química, gruesos y con nombres de moléculas en los lomos, así como de botánica y otros cuyos títulos no le decían nada, no así sus autores: Homero, Platón, Virgilio, Heródoto...

–Interesante biblioteca.

–Licenciado en Ciencias Químicas y fanático de la antigua Grecia –reconoció.

Ya nada de lo que confesara tenía importancia.

–Ah..., de modo que no estoy equivocado: un hombre de mundo. Por eso me dijiste que te gustaba que te llamasen... ¿Cómo era?

–Cástor.

–Cierto. Cástor. Curioso nombre.

Tanteó con la mirada a su inquilino. No era la primera vez que le arrendaba el piso a alguien con documentación falsa o que no quería dar su nombre verdadero. Los alquileres para turistas en Londres eran caros, un negocio muy lucrativo al que no estaba dispuesto a renunciar solo porque alguien no tuviese los papeles en regla.

–Cambiando de tema... Puedo conseguir entradas para los Proms de la BBC en el Royal Albert Hall. ¿Te interesa?

–No, gracias –respondió Cástor, sin poder mitigar cierta sequedad en el tono.

–No, no me malinterpretes. No quise decir que debías venir conmigo. Era por si quisieras ir con esa novia que no existe...

Eric esbozó una mueca de complicidad que Cástor no secundó. Se limitó a acariciarse la barbilla y a esperar acontecimientos.

–Piénsalo –insistió Eric–. El director de la orquesta es Leonard Slatkin. ¿Lo conoces?

–No.

–Ah. Como a veces escucho música clásica... Pensé que te agradaría. El tema de los tres mosqueteros tiene muy buenas críticas.

–En realidad son cuatro.

–¿Cómo dices?

–Cuatro mosqueteros. Athos, Porthos, Aramis y D’Artagnan.

–Curioso. Nunca lo había pensado.

–A Dumas le sobraba uno. Siempre sobra uno.

–También puedo conseguir entradas para el Licks Tour de Sus Majestades Satánicas...

Eric dejó de hablar. Notó un pinchazo agudo en el corazón y se desplomó en el suelo, a semejanza de un bisonte alcanzado por una bala entre los ojos, con la taza negra aún atrapada en la mano agarrotada. Vislumbró el techo ennegrecido de su piso alquilado. Entonces apareció ante su ojo natural el rostro de Cástor, el inquilino que lo había engatusado con su verborrea.

–¿Qué te sucede? –preguntó Cástor al tiempo que se desprendía de la peluca–. No tienes buen aspecto. Es la parestesia.

En el rostro del casero se dibujó una expresión de terror. Intentó moverse, pero sus articulaciones no respondían a las órdenes del cerebro. Paralizado de pies a cabeza, contemplaba a ese desconocido que tan afable se había mostrado hasta ese

momento. Una sensación de anestesia y sudoración profunda invadió su cuerpo, que iba enfriándose.

—Ya te expliqué que la aconitina es dolorosa, pero no letal —dijo Cástor—. Lástima que en tu caso la dosis absorbida sea de unos tres miligramos. No hay remedio efectivo para la reina de los venenos. ¿Verdad, hermanita? —Giró la cabeza hacia la estancia vacía—. *Es verdad, hermanito* —se contestó a sí mismo en un tono más agudo—. Recuerda, ¡sobra uno! Siempre sobra uno. *Sí, hermanito.*

Movió el brazo de la aguja del tocadiscos y la *Misa de Réquiem en re menor* de Mozart empezó a sonar a todo volumen. A Eric se le nubló la vista. Todo daba vueltas a su alrededor. En una de ellas entrevió a su inquilino, que se dirigía silbando hacia la cocina.

Primera parte

Defensa India de Rey

Teléfono rojo

Colonia, 14 de diciembre de 2002

El ajedrecista cerró los ojos e intentó abstraerse del exterior. Aunque la sala permanecía en absoluto silencio, retumbaba en su cabeza el débil tictac proveniente del reloj Garde situado en un lateral de la mesa, junto a su nombre y el de su rival y las banderas de sus respectivos países. Solo llevaban siete jugadas, pero le costaba concentrarse. La mujer rubia sentada en primera fila lo ponía nervioso. Dos días antes, al finalizar la primera ronda, lo había esperado a la salida para hacerse un *selfie* con él y pedirle que le firmara un ejemplar del libro sobre aperturas que él mismo había publicado sin mucho éxito unos años atrás. Sin embargo, a fin de confundir al rival, exhaló un suspiro de impaciencia a la vez que posaba los ojos castaños sobre el tablero. Lo miraba y no veía piezas. Soñaba con una chica de ojos negros cuyo largo cabello ondeaba al viento. Por fin el adversario dio señales de vida y avanzó un peón blanco a la casilla c3. El sonido del reloj se vio ahogado por el deslizamiento del trebejo sobre los escaques. En cuanto el rival oprimió el botón del reloj, Arturo Muñoz cogió el rey, se enrocó, oprimió a su vez el botón y anotó con la estilográfica ambas jugadas en la planilla, ante la mirada atenta del oponente y del árbitro. Alrededor había otras cuatro mesas con otras tantas parejas de jugadores de ajedrez. Se encontraban en el auditorio Kölnmesse, el recinto ferial, con el público acomodado frente al escenario siguiendo el juego que se proyectaba en las múltiples pantallas de ordenadores IBM, patrocinador principal del evento, colocadas

sobre las cabezas de los diez ajedrecistas: los diez mejores jugadores del planeta.

Después del movimiento, Arturo se sumió de nuevo en sus pensamientos. Se hallaban en plena apertura y había jugado en incontables ocasiones la variante cerrada de la apertura Española, la conocida como Ruy López en honor de su autor. Las manos sobre el pelo, corto y castaño, los codos apoyados en la mesa. La postura del pensador. Y la añoró una vez más. La vio corretear por las calles del pueblo, chapotear en el río, esquivar los rastros. El rival lo sacó del éxtasis temporal. Avanzó el peón de torre una casilla y ofreció tablas. «Nichia», dijo con voz apagada, casi en un susurro. Arturo apuntó la jugada, seguida de una T, en la casilla nueve de la planilla y se removió inquieto en el butacón. Escrutó los ojos claros del adversario, un ucraniano rubio con el rostro moteado de pecas. Las manchas pardas le recordaron a Alfredo Montenegro. ¿Cuánto tiempo había pasado? Casi un año por cada peca. Toda una vida. El ucraniano era el número ocho del mundo, cuatro veces campeón de su país, mientras que él se hallaba en el puesto número tres y si aceptaba el empate perdería unos puntos ELO. No obstante, medio punto con las piezas negras no resultaba un mal botín, y después de ganar la primera partida y entablar la segunda seguiría en el grupo de cabeza. Miró hacia el anfiteatro. La rubia no le quitaba ojo. Tenía algo que atraía a las mujeres en las distancias largas; tal vez era la silueta, alta y espigada, unida a la forma de vestir, de traje y corbata, y un rostro bien modelado, más propio «de una escultura griega», como le dijo en una ocasión una ajedrecista con dos copas de más durante la cena de clausura de un torneo celebrado en Milán. Sin embargo, en las distancias cortas todo se venía abajo: a menudo la camisa le sobresalía del pantalón, se despeinaba con frecuencia en su eterna manía por llevarse las manos a la cabeza, era muy despistado y solía ausentarse en conversaciones mundanas que en nada lo atraían y se quedaba con la mirada perdida, pensando en variantes de ajedrez. Un cóctel difícil de entender, y de asimilar, incluso para una seguidora. Le tendió la mano al rival y aceptó las tablas. Tras

firmar ambas planillas y entregarle las copias al árbitro, abandonó la sala por la puerta destinada a los jugadores, sin analizar la partida. Quería evitar a toda costa a la rubia. Un viento helado lo recibió a la salida. Comenzó a caminar con premura por la vereda, la garganta bien protegida por una bufanda y el cuerpo cobijado en un abrigo largo de invierno, con la mente en blanco. Los pensamientos huían con el frío. En su deambular callejero acabó en Roncalliplatz, sobre la que se elevaba majestuosa la catedral. Sentía debilidad por las catedrales y allá donde viajaba siempre buscaba un hueco para visitarlas; ellas le hablaban de la ciudad. La plaza acogía un mercadillo con decenas de puestos de salchichas, pinchos morunos, jarras de cerveza, gofres, chocolate caliente, refrescos afrutados, todo ello ofrecido por un precio módico a aquellos que se atrevían a desafiar las bajas temperaturas. Los tenderetes estaban adornados con multitud de guirnaldas, estrellas brillantes, figuritas navideñas y miles, millones de bombillas encendidas que iluminaban cualquier recodo. Optó por probar un vinillo caliente. Se lo sirvieron en una taza humeante de color avellana garabateada con dibujos. Entre ellos distinguió un ángel que volaba con las alas desplegadas sobre la catedral, con un lazo en la mano de cuyo extremo pendían paquetes de regalos. Se preguntó si aquel engendro representaba al Papá Noel alemán. Tras dar un pequeño sorbo, arrojó el brebaje humeante sobre las raíces de un frondoso castaño que se mantenía erguido y poblado de hojas a pesar de las inclemencias meteorológicas. El árbol y el ajedrecista eran semejantes; ambos parecían fuera de lugar.

Fisgoneó por los innumerables puestos que circundaban la catedral gótica, entre los tenderetes de ropa, regalos, objetos caseros y artículos superfluos. Los comerciantes no le quitaban ojo de encima al ajedrecista, desconfiados ante su costumbre de escudriñarlo, asirlo y toquetearlo todo. No encontró ningún puesto en el que ampliar su colección de ajedreces de bolsillo, ni siquiera uno de libros antiguos, y al cabo de media hora se indigestó del paseo, del frescor nocturno, de los brebajes, del idioma sobrecargado de consonantes y se encaminó al cercano

y lujoso hotel que la organización había dispuesto para los jugadores. En el abrigo resguardó la taza color avellana con el ángel volador. Le recordaba sus tiempos de niño.

Los copos de nieve acariciaban las ventanas y moteaban de blanco los tejados de Colonia. Miles de rostros cálidos refugiados tras los cristales admiraban el panorama de carreteras veladas por una bruma espesa y de aceras transformadas en ríos lechosos entre los que emergían árboles y farolas, y un plenilunio se convertía en el gran espejo del cielo. El rostro del ajedrecista era uno más tras un cristal. Atisbó el ordenador portátil sobre el aparador, junto a él la taza de color avellana, y exhaló un suspiro de pereza. Al día siguiente le tocaba jugar con Kasparov, el número uno mundial –apodado el Ogro de Bakú–, y debía preparar la partida. Nunca había vencido a un campeón del mundo en competición oficial; fuera del circuito sí que había doblegado a uno, nada menos que a Karpov, cuando era un chaval, en unas simultáneas celebradas en Cáceres. Sabía que dentro del circuito, entre bambalinas, lo llamaban «el eterno candidato», y dicho apodo lo estigmatizaba. Tal vez en veinticuatro horas rompiese el maleficio. Al torneo había acudido sin su entrenador de toda la vida, el Gran Maestro colombiano Gustavo Salazar, ya que este atravesaba graves problemas familiares y de poco le habría servido sin la mente centrada en el ajedrez. Abrió el portátil para buscar en la base de datos las últimas partidas del Ogro; ya había jugado con él en ocho ocasiones y solo había conseguido tres tablas.

Sonó el teléfono; no su minúsculo móvil, sino el otro, el grande, el teléfono del hotel situado encima de la mesilla, en cuya existencia no había reparado siquiera hasta ese instante. Intuyó que acaso fuese su entrenador o quizá el director del torneo para recriminarle las rápidas tablas y solicitarle más entrega en las próximas partidas. El teléfono no cejaba en su empeño y el sonido estridente se adueñó de la habitación. Lo contempló hipnotizado. Era de un rojo intenso y con cada ring aumentaba de tamaño. Cuando la marea roja inundó su campo

de visión, descolgó el auricular. Antes de que pudiese articular palabra, una voz emergió al otro lado del hilo telefónico.

—Buenas noches. ¿Míster *Munoz*?

Una voz desconocida con marcado acento inglés. Él permaneció impertérrito, ausente, manoseando la taza. Lo trataba de señor cuando estaba habituado a que lo trataran como Gran Maestro, o Maestro a secas, debido al universo en el que vivía inmerso desde hacía unos cuantos años.

—Sí, soy yo —dijo por fin en un correcto inglés.

Dados su nivel y categoría ajedrecístico, resultaba fundamental hablar otros idiomas. Desde joven aprendió con facilidad el inglés, el francés y el alemán. También se hacía entender con el ruso y chapurreaba el chino.

—Le habla Thomas Irving, comisario jefe de Scotland Yard.

Un silencio incómodo se apoderó de la línea telefónica. Arturo no sabía qué decir; de hecho, no sabía qué debía decir.

—¿Sigue usted ahí?

¿Adónde quiere que vaya?, pensó él.

—Sí, dígame —contestó con voz ronca.

—Verá, necesito que se desplace con urgencia a Londres. Ya sé que suena muy extraño, y más a estas horas, pero cuando se lo explique lo entenderá perfectamente.

—Lo escucho.

—Perdone, no me refería por teléfono, sino en persona. Por eso le pido que venga mañana a Londres, para que podamos hablar en perso...

—Oiga, comisario... Perdón, ¿cómo dice que se llama?

—Irving, Thomas Irving.

—Comisario Irving. —Empezó a manosear la taza—. No lo conozco de nada, es tarde y esta llamada me parece una broma de muy mal gusto...

—Míster *Munoz*, esta llamada ha pasado todos los controles pertinentes. Si quiere puedo darle un número de teléfono al que puede llamar cuando cuelgue para comprobar mis credenciales. También puede preguntarle al gerente del hotel, acabo de hablar con él...

—Vale, vale, de acuerdo. No será una broma, pero estoy disputando un torneo y mañana tengo una partida, nada menos que con...

—Lo sé, pero insisto, debemos vernos cuanto antes.

Arturo se apartó el auricular del oído. Suspiró con resignación. Claro que lo sabía, pensó, ¿quién sino el director del torneo le había proporcionado el teléfono del hotel? ¿A Londres? ¿Y al día siguiente?

—Solo soy un ajedrecista.

—Un afamado ajedrecista. Su reputación lo precede. Como bien dice usted, es tarde para explicaciones, y en verdad no serán solo unos minutos. —Hizo una pausa que se le antojó premeditada—. Necesitamos contar con sus servicios para evitar un posible caso de asesinato.

Arturo soltó la taza, que se hizo añicos contra el suelo.

—¿Oiga? ¿Míster *Munoz*? ¿Sigue ahí?

El avión, con el ave azul pintada sobre fondo amarillo en las aletas, despegó del laberíntico aeropuerto de Francfort con un singular pasajero en el asiento 15B de la clase turista. El pasajero, garboso, alto y delgado, con un cociente intelectual superior a ciento sesenta puntos, estaba acostumbrado a viajar en primera clase, pero la precipitada llamada recibida la noche anterior lo había obligado a conformarse con uno de los pocos billetes que aún había disponibles. Encajado en el compartimento central, donde las plazas se distribuían en dos hileras de tres asientos, no disfrutaba de la vista bicolor del cielo ni del habitual trago de Glenmorangie. A su izquierda, una persona obesa ocupaba la totalidad del asiento asignado y parte del suyo. A su derecha, la situación no mejoraba; allí se ubicaba un pasajero rechoncho y de rostro bonachón que resultó ser un muniqués en viaje de negocios y asiduo veraneante de la Costa Brava.

—Yo a usted lo conozco —le dijo el pasajero en alemán.

El ajedrecista miró de soslayo a su compañero de viaje y sonrió.

—Tal vez —replicó.

Se retorció en el asiento. No podía estirar las piernas; la posición más cómoda que había encontrado tras probar muchas posturas era con las piernas flexionadas y la espalda recta, a pesar de que las rodillas le quedaban aprisionadas contra el revistero.

—Por su acento diría que es español. ¿Sale en la televisión?

Pues va a ser que no, pensó Arturo. ¿Afamado? Eso había dicho el comisario.

—No. Se equivoca —dijo al fin, negando con la cabeza.

—¿De verdad que no sale en la televisión española?

—De verdad de la buena.

Hojeó la revista de la compañía aérea. Las últimas páginas contenían un especial con los acontecimientos más importantes ocurridos en el año que ya acababa. Pasó de largo por la entrada en vigor del euro, por las amenazas de Bush a Irak a causa de sus armas de destrucción masiva y el desastre ecológico del Prestige, y se detuvo en la sección de deportes. Schumacher, Sampras, Woods, Beckham, Jordan y Armstrong como destacados. Ningún ajedrecista. Lo habitual desde Bobby. Dejó la revista en su sitio e inclinó el asiento hacia atrás. En general, aprovechaba los viajes en avión para desplegar un pequeño tablero magnético de ajedrez y repasar variantes o buscar mejoras, novedades, en las aperturas.

—Juraría que es clavadito a alguien conocido —murmuró el pasajero—. ¿No será actor de cine? —insistió.

El ajedrecista sonrió. Del bolso de mano sacó un libro. Pasó los dedos huesudos por la áspera portada donde figuraba impreso el título, *Libro de la invención liberal y arte del juego del ajedrez*, y más abajo En Alcalá, en casa de Andrés de Angulo, 1561. En la parte inferior, el nombre del autor: Ruy López de Segura. Abrió el libro por la página en la que se encontraba el separador y reprodujo en los meandros de su cerebro las partidas, posiciones y comentarios del autor. *Si el negro jugare el arfil a la 2 de su rey, el blanco le tomaría la dicha pedina, o peón del roque, y haría cómo trocar la dama, porque por este modo le habría ganado*. Fijó la vista en las hojas del facsímil adquirido décadas atrás en una tienda de

antigüedades del barrio bonaerense de San Telmo, sin oír a la azafata que le ofrecía café o té. En realidad no leía, sino que pensaba en la misteriosa llamada de Scotland Yard. Variación de planes. Vuelo a Londres. ¿Qué le deparaba el destino? Lo cierto era que muy mal debían darse las circunstancias para que no supusiese una buena dosis de estímulo en su rutinaria vida de ajedrecista.

Cuando levantó la vista, el avión desplegaba ya el tren de aterrizaje para tomar tierra en el aeropuerto de Heathrow. Entre apretujones y contorsiones consiguió abrocharse el cinturón de seguridad. Sudores, turbulencias y un brusco aterrizaje, con un pequeño saltito incluido, le dieron la bienvenida a Londres. Al lograr desembarazarse de la prisión 15B, su cuerpo se desentumeció y volvió a la vida. A la salida de un exhaustivo control policial lo aguardaba una pareja de traje oscuro y gabardina. Parecían un par de productos fabricados en serie; solo les faltaba una placa que indicase: «policías». Se presentaron como los agentes James Kinderman y Michela Elburg. James era robusto, rubio y de piel lechosa; Michela, delgada, morena —pelo largo recogido en una coleta— y de tez oscura. El hombre, un poco más alto que ella, fue el encargado de las presentaciones, en un intento por demostrar que, de los dos, era él quien tomaba las decisiones. Lo hizo con pocas palabras y sin el menor atisbo de duda. Ni siquiera le pidieron una identificación. Sabían quién era y lo recibieron como si se tratara de un diplomático, guardando las distancias. El ajedrecista calculó que tendrían entre cuarenta y cincuenta años. Era pésimo a la hora de averiguar la edad de la gente, por lo que siempre establecía un intervalo entre diez o veinte años, en función de los casos: cuanto más joven era el individuo, más tendía al rango de diez años, y cuanto mayor era, más tendía al de los veinte.

Después de un breve protocolo, los agentes le indicaron que su jefe lo esperaba en la comisaría con «nuevas noticias». Seguía preguntándose, con todos los ajedrecistas que existían desperdigados por el planeta, qué podría aportar él en un caso de homicidio. Ante una indicación de los policías, introdujo su

equipaje, un par de pequeños bolsos de viaje, en el maletero de un viejo Ford Escort negro carente de cualquier indicativo oficial. Plegó su cuerpo en la parte trasera del coche mientras los agentes, sin mediar palabra, hacían lo propio en la parte delantera. Estiró las piernas, satisfecho con el espacio. Michela conducía; James permanecía firme y expectante, y giraba a menudo la cabeza sobre su ancha espalda para comprobar que él seguía allí y no se había volatilizado. A las afueras del aeropuerto divisó por la ventanilla la escarcha que cubría el campo y las pequeñas casas que salpicaban el paisaje. Pensó en su tierra natal. En la radio, el locutor daba paso a los éxitos del año. Por los altavoces emergió la voz de Nelly, a dúo con Kelly Rowland, cantando *Dilemma*. El coche bordeó el cinturón de carreteras que circundaban la capital británica. Consultó el reloj de pulsera. A esa hora ya habría acabado la apertura y estaría en plena fase de medio juego, colocando sus piezas para el asedio y posterior ataque al rey enemigo. ¿Qué pieza representaba él en esa maraña de precipitados acontecimientos? Los policías permanecían inmutables, escuchando en silencio la música de la radio. El ajedrecista encontraba sus miradas fijas en la carretera, solo a ratos cruzaba una mirada con el agente Kinderman. El tránsito por el Gran Londres se tornó lento y pesado, y cuando Norah Jones empezó a cantar a capela *Don't Know Why*, el coche se detuvo frente a un edificio picudo de cuatro plantas y ventanales opacos en el barrio de Westminster, cerca de Buckingham Palace y del número 10 de Downing Street. La entrada se hallaba custodiada por dos agentes uniformados de la Policía británica. En un lateral, una bandera del Reino Unido ondeaba en lo más alto de un mástil oblongo, que apuntaba a un cielo gris y cargado de nubes. Los tres entraron en el edificio sin mostrar acreditación alguna. Tampoco tuvieron que subir ninguna escalera; nada más entrar giraron a la derecha y se detuvieron al fondo de un pasillo angosto donde la luz era tan débil que a duras penas se podía leer un libro. La alianza de James chocó contra la puerta. Arturo captó un «adelante» amortiguado.

Al otro lado de la puerta se toparon con un hombre de mediana estatura aposentado tras un escritorio, casi sepultado de papeles, que sostenía un puro intacto en una mano y un mechero dorado en la otra. En la pared, por encima de su cabeza, destacaba un gran retrato de la reina Isabel II de Inglaterra. En un lateral del despacho, otra puerta permanecía cerrada.

–Buenas tardes, míster *Munoz*.

La voz telefónica de la noche anterior se transformó en un rostro adornado con un mostacho que a Arturo le recordó a su antiguo maestro, don Manuel, con veinte años menos. La cabeza coronaba un cuerpo fornido y aguerrido, de aquellos que no necesitaban ayuda para transportar muebles de una habitación a otra. Del grueso cuello colgaba una corbata beis sobre una camisa blanca.

Arturo aguardó un instante antes de responder. Aquel tipo no se había presentado, ni siquiera había dicho: «El señor Muñoz, supongo», tal como hizo aquel paisano suyo de apellido Stanley cuando encontró, tras meses de búsqueda por las selvas africanas, al doctor Livingstone, blanco entre los blancos, infiltrado en una tribu congoleña.

–Lo siento, ¿lo conozco? –preguntó el ajedrecista. Siempre reaccionaba de un modo agresivo con los desconocidos que se comportaban como conocidos.

En el rostro del hombre se dibujó una mueca de sorpresa.

–Perdone mi torpeza –se disculpó–. Soy el comisario jefe de Scotland Yard, Thomas Irving.

El comisario depositó puro y mechero sobre la mesa, se incorporó de la silla y le tendió la mano por encima de los papeles.

Mejor, dijo para sí el ajedrecista mientras estrechaba la mano del comisario. Cuanto más protocolo, mucho mejor.

–Le doy la bienvenida a Londres. Intentaremos que se sienta como en casa. –Le ofreció asiento al ajedrecista con una mano–. Espero que haya tenido un viaje placentero.

–Un viaje pasable, gracias.

El ajedrecista se arrellanó en una de las dos sillas situadas frente al escritorio. En aquella situación, en el despacho del

comisario jefe de Scotland Yard y con dos agentes de pie a su espalda, es decir, en una sala extraña, con tres personas desconocidas, no podía ser más que parco en palabras. No obstante, no podía evitar esa sensación de expectación, de incertidumbre, que rodeaba todo el asunto; una nueva sensación que le agradaba.

—¿Tiene alojamiento? —preguntó el comisario mientras se atusaba el bigote.

Reparó en que había olvidado el equipaje en el coche. Se encogió de hombros. Resultaba una obviedad, una pregunta propia de detector de mentiras: nombre, edad, día actual, año en curso..., para tantear al acusado y calibrar el aparato. Decidió callar ante la evidencia.

—Claro que no. Bueno, no se preocupe, le buscaremos un hotel. Pero antes debo explicarle por qué hemos solicitado su presencia hoy aquí de manera tan urgente y por qué esperamos que nos acompañe también durante los próximos días.

Arturo elucubró acerca de esas últimas palabras, «los próximos días». ¿Acaso pretendían retenerlo de forma indefinida y contra su voluntad, alejado de sus compromisos ajedrecísticos venideros?

—Hace un mes recibimos una carta, más bien una amenaza, en la que se nos instaba a atender una singular petición si no queríamos ver crecer el terror en nuestra ciudad. Debo añadir que todos los días recibimos cartas de psicópatas, jóvenes gamberros, asociaciones nazis... que pretenden difundir sus alocadas ideologías sobre un nuevo mundo, un mañana gobernado por los más fuertes. Ya se puede imaginar, apocalipsis y demás patrañas. No obstante, nuestra brigada de homicidios, a la cual pertenecen los dos agentes que ya conoce, investigan todas esas cartas una por una y de forma escrupulosa. Ya sabe, nos pagan por defender a los ciudadanos.

El comisario encendió el habano. La operación no duró más de unos segundos. Los dos agentes de homicidios permanecían rígidos al lado de la puerta, custodiando cualquier posible interrupción inoportuna.

—La carta consta de dos folios con frases construidas a partir de recortes de prensa. Nada de caligrafía. Sin huellas digitales. Lo que nos llamó la atención es que no se reclama dinero ni la liberación de algún preso político; no, nada semejante, ninguna reivindicación. —Hizo una pausa—. Se nos propone jugar una partida de ajedrez, algo insólito en todos mis años de permanencia en el Cuerpo.

Arturo se llevó una mano a la barbilla. Uno de los agentes carraspeó. El comisario dio una lenta calada al habano antes de proseguir.

—La carta contiene unas instrucciones muy concretas y acaba indicando que cada paso dado en falso implicará la muerte de... «inocentes».

La sensación de incertidumbre del ajedrecista se había esfumado por completo. No deseaba seguir escuchando. Había desenvuelto el regalo que había ido a recoger a Londres, y lo que contenía no le gustaba nada. Inservible, absurdo, feo, antiguo, talla incorrecta..., cualquier excusa valía. Se revolvió inquieto en la silla.

—Le confieso que estamos preocupados, por eso hemos insistido en que venga. Nunca se sabe quién puede estar detrás de algo así. Desde los atentados del 11-S no se puede tomar nada a la ligera, nuestra máxima prioridad es la seguridad nacional.

El ajedrecista abrió la boca para replicar, algo extraño en él, pero el comisario le solicitó paciencia alzando una mano.

—Permítame que termine con mis explicaciones. No soy un especialista en ajedrez ni mucho menos, solo conozco las reglas básicas, pero ya le adelanto que no se trata de una simple partida, al menos no de una al uso. Hay que cumplir una serie de directrices. Haremos una jugada por semana, y él nos responderá en el mismo intervalo de tiempo. Debemos comunicar nuestras jugadas publicándolas en un anuncio encubierto en el periódico *The Times*, y él nos hará llegar las respuestas por otros medios. De hecho, ya ha efectuado la primera jugada: él juega con blancas y ha avanzado el peón de reina dos casillas. —Peón de dama a d4, se dijo Arturo—. El tiempo se nos agota y debemos

responder a la jugada. Le rogamos que sea usted nuestro jugador de negras, que juegue una partida contra un aficionado y la alargue todo lo que pueda. No se trata de dar jaque mate en cuatro jugadas: debe mantenerlo ocupado hasta que logremos dar con él.

El comisario se acicaló de nuevo el bigote y contempló el humo ascender hasta el techo. Después prosiguió:

—Usted no debe preocuparse por nada. No hay peligro para usted. Solo debe limitarse a lo que mejor sabe hacer: jugar al ajedrez. —Depositó el habano en un gran cenicero negro, redondo, con varias boas serpenteando a lo largo de su circunferencia—. De momento, eso es todo. Turno de las preguntas.

El ajedrecista solicitado por Scotland Yard se tomó su tiempo, midiendo bien las palabras que emplearía. Gran observador, no pasó por alto que el comisario no dejaba de mirar hacia el lado de la puerta donde estaba la agente Elburg. No creía que fuese un tic.

—¿Por qué se refiere todo el rato a «él»? —dijo por fin mientras cruzaba una pierna sobre la otra—. Quiero decir, en singular. Que el ajedrez sea un deporte individual no significa que al otro lado del tablero haya solo una persona. Se celebran campeonatos por equipos de cuatro jugadores, y...

El teléfono del escritorio comenzó a sonar, interrumpiendo al ajedrecista. El comisario lo miró con pereza. Sonó tres veces hasta que cogió el auricular. Escuchó con atención, respondió con monosílabos y colgó. Tomó de nuevo el puro y dio un par de caladas antes de contestar.

—Porque él mismo lo refleja en sus cartas al emplear palabras como «soy» o «estoy». Estamos seguros de que se trata de una persona, nada de alguna asociación o grupo encubierto. Se ha puesto un seudónimo que utiliza para firmar todas sus cartas: Cástor.

—¿Cástor? —dijo Arturo extrañado—. ¿Como el roedor?

Se enfrentaba a un rival con apodo, igual que la gente de Monroca, su pueblo, y que no había mandado una carta, sino varias. No hacía falta poseer un alto cociente intelectual para

deducir que no estaban contándole toda la verdad. Tal vez estuviese a tiempo de tomar el siguiente vuelo a Francfort para reincorporarse al torneo IBM.

—No. Es Cástor, con tilde en la primera sílaba. Un nombre propio, nada que ver con ese pequeño animalejo que tala árboles. —Golpeó con suavidad el puro con el dedo índice para dejar caer la ceniza en el cenicero—. En todas las cartas la firma lleva esa tilde, de modo que no creemos que sea un error ortográfico. Nos decantamos por otros significados: un monte, un héroe griego, una estrella... En fin, estará cansado, quizá desee irse al hotel...

—¿Y no cree que dicha firma pueda corresponder a un grupo? —insistió Arturo.

¿Seguridad nacional?, se preguntó. Era verdad que, el año anterior, un grupo denominado «la base de datos» —Al Qaeda en árabe— y su líder multimillonario, financiado por la CIA en la guerra de Afganistán contra los soviéticos, tampoco parecían peligrosos.

—En opinión de los psicólogos que han analizado las cartas, se trata de alguien demente y peligroso, alterado o perturbado por una infancia cruel. No es un terrorista ni hablamos de las típicas amenazas de grupos armados que nos exigen la liberación de algún líder religioso —explicó Thomas, como si leyese el pensamiento del ajedrecista—. Tampoco lleva la marca del IRA ni tenemos conocimiento de la existencia de una célula terrorista que opere en nuestra ciudad. Los expertos creen que se trata de un asesino en serie potencial. Claro que todo son suposiciones y podemos estar errados.

—Un asesino en serie...

Tal vez no me disparen si corro hacia la puerta, caviló.

—No se angustie. Como le digo, no son más que suposiciones. Usted solo tiene que jugar una partida de ajedrez por correo contra un aficionado.

—De modo que aceptan el reto, ¿cierto?

—Mientras juguemos la partida no habrá problemas. —El comisario se tocó el nudo de la corbata y miró una vez más a su

derecha—. Comprenderá que no podrá comentar la partida con nadie; no deseamos a la prensa por medio. Londres espera albergar los Juegos Olímpicos de 2012.

El ajedrecista sonrió. Esperaba que el comisario se equivocase y las Olimpiadas se celebrasen en Madrid. Sería bonito conseguir una medalla de oro olímpica en casa.

—En fin, míster *Munoz* —dijo Thomas—, no quiero abrumarlo con tanta información. Mis agentes lo conducirán al hotel que usted elija...

—Es Muñoz. En castellano, la ñe se pronuncia de forma diferente a la ene a secas.

—Ah —replicó el comisario, aunque hizo un aspaviento con una mano, como quitándole importancia al asunto—. Debo reconocer que soy nefasto para algunos nombres y apellidos, sobre todo los extranjeros, ya perdonará mi torpeza... En fin, como le digo, escoja un buen hotel. No se preocupe por los gastos, corren de nuestra cuenta. Después de una buena ducha lo verá todo más claro.

—Ya —contestó Arturo, y con cierta avidez se decidió a formular por fin la pregunta que durante todo el viaje le había rondado la cabeza y para la cual había sido incapaz de hallar una respuesta convincente—: ¿Por qué yo?

El rostro del comisario reflejó por segunda vez una mueca de sorpresa. Miró a sus agentes con asombro, incrédulo, dejando ver que la respuesta resultaba evidente o que ya debía saberla.

—Porque Cástor así lo ha solicitado. Es una de sus exigencias. Peón blanco de dama avanza a la casilla d4.

1. ♖ d4.

Olor a pólvora

Otxandio, 3 de abril de 1937

Cielo empaquetado de humo. Ruido de ametralladoras. Se apretó entre sus compañeros. Era un *gudari* más. Asomó la cabeza. Atisbó, entre la humareda, la colina repleta de cuerpos desperdigados, la mayoría vestidos con camisas caquis y pantalones bombachos milrayas. Un obús estalló a unos metros y la tierra le salpicó el rostro desencajado. Su nariz aguileña, la de todos los Sugegorri, olfateó el olor a pólvora y sus ojos marinos contemplaron impávidos el horror de la guerra.

La columna de milicianos se aproximaba a su objetivo. Tembló de miedo. Observó a su alrededor. Chavales de mirada asustadiza, niños con fusiles en las manos. No disponía de tiempo para pensar. Alguien lo empujó hacia delante. Pisó un charco. El agua estaba fría. ¿O era sangre? Gritos de dolor, de angustia, de incomprensión le inundaban los tímpanos. Sus compañeros caían. Uno de ellos intentó retroceder, pero una bala le atravesó la córnea derecha. En la cavidad ocular no quedó rastro del ojo. Pensaban tomar las dos cimas, Motxotegi y Mirugain, para reforzar la línea defensiva de Mekoleta, un contraataque, y ahora estaban atrapados. Habían caído en una emboscada. La Campaña del Norte se iba al garete, como todo el batallón Ibaizabal del Euzko Gudarostea, el ejército vasco, que ahora se desperdigaba por el campo de batalla en busca de refugio. Un joven, sin pañuelo rojo al cuello, con el torso desnudo y la cara ensangrentada, deambulaba con las manos en alto. La información era incorrecta. Quizá una traición. Se sabía que el ingeniero, antes

capitán, había desertado al bando de los rebeldes llevándose consigo los planos del Cinturón de Hierro de Bilbao, el conjunto de posiciones fortificadas que rodeaban la capital vasca, entre las que se encontraba el sistema defensivo del frente de Otxandio. Entre las sombras oyó la voz del sargento, un bilbaíno del Casco Viejo, grandote y malhumorado. Ordenaba batirse en retirada. A buenas horas. Valiente perdedor. Suspiró. Lo obedeció y salió a la carrera. Mientras corría no gritaba desahogado para armarse de valor ni sentía rabia con deseos de dar media vuelta y ponerse a matar nacionales; corría en silencio, con el corazón en vilo y la garganta seca. Tampoco corría altivo y mirando al frente, sino encogido y con la cabeza gacha, como si tuviese miedo del cielo ni en línea recta, sino zigzagueando entre las balas que silbaban alrededor. Fue uno de los pocos que consiguieron llegar ilesos al arbolado. Se arrojó sobre el fango. Gateó. Avanzó posiciones. Las balas silbaban por encima de su cabeza descubierta; había perdido la boina en la carrera. Se acordó de sus mujeres. La madre. La esposa. La hermana. También de su pequeño Haritz. Ni siquiera se había despedido. Se incorporó. En la carrera pisó cuerpos, miembros amputados, armas abandonadas. Explosiones por doquier. Los nacionales no perdonaban, no hacían prisioneros. Sus manos agarrotadas aún sostenían el fusil. Se echó de nuevo al suelo. Había conseguido guarecerse detrás de un montículo. Pocos lo imitaron. El sargento no pasó la criba.

Un miembro de la Cruz Roja atravesó su posición. Se dirigía al auxilio de un chaval a quien le faltaba una pierna. Ninguno de ellos sobrevivió. El muchacho murió de un tiro certero en la cabeza, al hospitalario lo alcanzó una ráfaga de metralla. La radio crepitó. Nuevas instrucciones. El cabo sustituyó al sargento y tomó el mando. Fulgurante ascenso. Era un pelirrojo con perilla, superviviente de la toma de Irún. Un mortero le voló la cabeza al instante. Fulgurante descenso. El batallón menguaba a cada segundo. Titubeó, pero arrancó. Una mano en el pecho, otra en el fusil. Sonido de metralla. Perdió el equilibrio, avanzó corriendo a trompicones unos metros y cayó sobre un

cuerpo. Era un compañero con quien apenas había cruzado tres palabras durante la campaña, un camarada muy reservado y poco hablador con quien ya no tendría la opción de volver a hablar. Había muerto con su nariz picuda apuntando al cielo y la boca abierta de manera grotesca, como si quisiese beber agua de lluvia. Negó con la cabeza. Los ojos le escocían. Apenas veía más allá de tres palmos. Olía a sangre, a fango, a pólvora y a miedo, mucho miedo. Gotas espesas de sudor le acariciaban las mejillas. Se unió a los pocos que corrían, que huían. Había perdido el fusil, pero no pensaba volver a por él. Se echó una mano a la cintura, buscando una granada. Más balas silbaron a su vera. Entre ellas hubo una que no oyó, aquella que lo eligió como objetivo. Cayó, bocaarriba, al suelo embarrado. Varios pares de botas pasaron por encima de su cabeza. Algunas de ellas lo pisaron. ¿Estaba muerto? Abrió un párpado y contempló el humo gris ascender. Le costaba respirar, pero aún vivía. No podía moverse. Notaba un fuerte escozor en el estómago. En cambio, no sentía las piernas. Anheló estar en el caserío de Gernika, besar a su esposa, abrazar a su único hijo.

Un rostro se recortó en el cielo grisáceo. Boina roja. Uno de los requetés. Lo miró con expresión triste. No dijo nada. Se fue. Escuchó un disparo en la lejanía. Estaban ajusticiando a los heridos. Otro rostro ocupó el lugar del anterior. Mostraba peor pinta. Serio, con barba de tres días y una costra parda que le tapaba media frente. Le recordó a uno de esos malvados de las películas del Oeste. Pestañeó de miedo. El malvado se pasó una mano por el mentón y le apuntó con la pistola.